

Palestina, quince años después de la Conferencia de Madrid

Isaías Barreñada

Han pasado tres lustros desde la celebración de la Conferencia de Paz para Oriente Medio celebrada en Madrid a finales de octubre y principios de noviembre de 1991. En aquella época y en los años que siguieron se magnificó aquel acontecimiento que reunió a árabes, israelíes y comunidad internacional y que tuvo secuelas de relevante importancia que marcaron Oriente Medio a lo largo de toda la década. Aunque estos aniversarios suelen servir de pretexto para conmemoraciones, discursos oficiales solemnes y ruido mediático, en esta ocasión tanto los actores políticos como la prensa se prodigaron poco; las referencias han sido escasas y esquivas. Es obvio que lo que ocurre en esa región evidencia el pobre resultado de aquel evento y la deriva de los procesos que detonó. Precisamente por ello merece la pena recordar en qué consistió la Conferencia de Madrid y qué puso en marcha, y sobre todo hacer un balance de lo ocurrido desde entonces.

La propia denominación de la conferencia internacional y las personalidades que participaron indicaban su ambición: encarrilar de manera firme la pacificación de la región. Sin embargo no se trató de una iniciativa de Naciones Unidas, a pesar de que la organización hubiera provisto a lo largo de cuatro décadas de suficientes referentes legales. La conferencia fue esencialmente una iniciativa de Estados Unidos, aunque co auspiciada formalmente con la URSS, en un momento clave para la región: tras la primera guerra de Iraq y con el bloque socialista en proceso de implosión, Washington asumió la tarea de reordenar Oriente Medio sobre bases adecuadas a la nueva situación y en función de sus intereses. Y para ello no dudó en forzar la participación de su principal aliado, Israel, remiso a tal iniciativa.

Su objetivo declarado era la resolución definitiva de los conflictos que asolaban la región tomando como referente las resoluciones de NNUU. Pero sus objetivos estratégicos reales iban más allá: el reordenamiento regional; el reajuste de las funciones de sus aliados; la normalización e inserción de Israel en la escena meso oriental. Pero para ello se imponía como condición previa la desactivación de los conflictos; encontrando fórmulas que resolvieran los enfrentamientos entre árabes e israelíes y de manera especial para zanjar el conflicto israelo-palestino.

La Conferencia de Madrid puso en marcha dos vías de negociaciones. Unas bilaterales entre Israel y sus vecinos con el objeto de alcanzar acuerdos de paz con tres de ellos (Líbano, Siria, Jordania), y con los palestinos un esquema de resolución escalonada (autogobierno limitado en un primer momento y un estatuto final pendiente de definir). Otras, multilaterales, implicando a todos los países de la región sobre cinco temas de interés común: desarrollo económico, agua, medioambiente, control de armas y refugiados. Los logros en estos dos planos fueron desiguales. Por un lado se avanzó sustancialmente en la normalización diplomática de Israel con algunos países árabes: se firmó el acuerdo de paz con Jordania en 1994 y se establecieron relaciones de diverso grado con otros (Omán, Qatar, Marruecos, Túnez, Mauritania...). Pero sobretudo la nueva situación permitió que en los años posteriores se levantaran las trabas que habían impedido o limitado relaciones plenas con los principales países asiáticos. El proceso euro mediterráneo de Barcelona (1995) complementó esa normalización política creando, en una lógica de progresiva articulación económica entre la Unión Europea y sus vecinos del sur, la primera estructura multilateral en la que participaban árabes e israelíes. En suma, Israel logró una carta de ciudadanía política que se tradujo en el plano económico: celebración de cumbres económicas

regionales, establecimiento de zonas francas en Jordania y Egipto, acceso a los mercados del área y desarrollo de relaciones comerciales con otras regiones de carácter estratégico.

En el plano palestino, la Conferencia de Madrid dio pie, tras la llegada de los laboristas al gobierno en junio de 1992, al inicio de conversaciones directas con la OLP y la puesta en marcha de lo que se conoció como el Proceso de Oslo a partir de finales de 1993. El apretón de manos entre Rabin y Arafat en Washington, con el presidente Clinton de anfitrión, se presentó como el paso decisivo para alcanzar la paz en la región. El optimismo cundió entre la comunidad internacional.

Sin embargo el proceso de Oslo fracasó al cabo de siete años. Menos por la interferencia de radicales de ambos bandos como por la combinación de diferentes razones estructurales que aquí sólo se pueden apuntar someramente: el flagrante desequilibrio entre las partes negociadoras, el gradualismo, la falta de objetivos finales claros y explícitos aceptados por ambas partes, la intervención externa no neutra¹, y la carencia de mecanismos de salvaguardia². Israel se embarcó en el proceso para conservar lo más posible de lo logrado en veinticinco años de ocupación y para legalizar sus acciones; la OLP para poder realizar a medio plazo su proyecto nacional y dar una solución a los refugiados. Pero lo más grave es que, bajo el simplificador eslogan de “paz por territorios”, se aceptó internacionalmente este proceso *sui generis* no para solucionar el conflicto acorde con el derecho internacional, sino para desactivar el enfrentamiento mediante fórmulas “realistas y factibles”, pidiendo a ambas partes concesiones. A Israel se le pidió que cumpliera parcialmente el derecho internacional retirándose de los Territorios Ocupados, a los palestinos que renunciaran al derecho internacional y abandonaran su demanda de retorno de los refugiados. Finalmente Oslo resultó ser una fórmula parcial, que sólo abordó la situación en Cisjordania y Gaza, pero que pospuso la cuestión de los refugiados y no abordó el apartheid respecto a los palestinos con ciudadanía israelí.

Conversaciones con ocupación y anexión sin conversaciones

Al hacer un balance de estos años en lo que toca a los palestinos se pueden señalar varias constataciones.

- *El conflicto persiste.* La evidencia ineludible es que en estos quince años ni se ha resuelto el conflicto en la región, ni hay paz. La naturaleza del conflicto no ha cambiado aunque los hechos y la situación sobre el terreno sean ahora algo diferentes. Las resoluciones de Naciones Unidas se acumulan e Israel no ha asumido ningún compromiso efectivo para cumplir con ellas.

- *Los palestinos están políticamente más débiles que en 1991.* En el marco de Oslo la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) fue suplantada por la Autoridad Nacional Palestina (ANP) y hoy es casi inexistente. Con ello se dilapidó el capital político acumulado desde su fundación, perdió representatividad y legitimidad, y se diluyó su organización. El proceso de paz supuso una crisis de identidad para el principal partido palestino, Fatah, y ésta arrastró a toda la OLP. La organización abandonó su identidad de Movimiento de Liberación Nacional sin haber alcanzado realmente sus objetivos nacionales y se lanzó en una carrera por un pseudo Estado sin bases reales. Pero lo más grave ha sido la progresiva ruptura de la unidad palestina, un ingrediente clave e imprescindible para enfrentar la ocupación. En esta deriva han

¹ Naseer H. Aruri, *Dishonest broker. The U.S. Role in Israel and Palestine*. Cambridge: South End Press, 2003.

² Álvarez-Ossorio, I. (ed.), *Informe sobre el conflicto y la guerra en Palestina*. Madrid: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2003.

tenido una responsabilidad especial ciertas fuerzas políticas dominadas por los intereses particulares de sus dirigentes. Una guerra civil palestina, evitada hasta hoy, beneficiaría en primer lugar a Israel: quien ganase la contienda civil estaría debilitado en las relaciones con Israel.

- *La desposesión y la pobreza se han extendido.* Estos quince años han visto un progresivo empeoramiento de las condiciones de vida en Cisjordania y Gaza. Han proseguido las confiscaciones de tierra, la tala de árboles, el saqueo del agua y la destrucción de infraestructuras. Nunca han sido tan severas las restricciones de movilidad hacia el exterior, pero también en el interior de los territorios palestinos. Se ha disparado el desempleo en las zonas palestinas, se han cerrado las posibilidades de emigración al Golfo y ha disminuido drásticamente el trabajo en Israel. La combinación de la disminución de los ingresos y el crecimiento de población ha hecho caer la renta a la mitad (y en algunas regiones al tercio) de lo que era a principios de los noventa. Si el proceso de Oslo estuvo asociado a esta dinámica, su crisis supuso el deterioro masivo de las condiciones de vida, del empleo y del acceso a los servicios. La situación se ha agravado desde 2000, alcanzando cotas excepcionales en 2006: el 50% de la población vive en estado de pobreza. A esto ha de añadirse el impacto de la construcción del muro y las sanciones israelíes e internacionales después de las elecciones de enero de 2006³.

- *La dependencia es mayor que nunca.* A raíz de los Protocolos económicos de París (abril 1994) y de las medidas israelíes (cierres, bloqueos, limitaciones a las exportaciones), los territorios palestinos se hicieron totalmente dependientes del mercado israelí y de la ayuda externa. Entre 1994 y 2005, se recibieron 6000 millones de dólares de ayuda, siendo la UE su primer donante. Al calor de esta renta externa se configuró todo un entramado de intereses (de funcionarios, empresas...) y se fundó un sistema extremadamente vulnerable a las presiones externas.

- *La colonización no se ha detenido.* A lo largo de estos quince años, tanto durante los años del proceso de paz como desde su crisis, se ha duplicado el número de colonos; hoy son más de 400.000 en Cisjordania y Jerusalén Este. Este aumento ha supuesto más casas, más carreteras, más seguridad, y por lo tanto más expropiaciones. El paisaje ha sido transformado radicalmente; hoy se hace difícil reconocer la Cisjordania de 1990. La parte oriental de Jerusalén ha sufrido una intensa judaización con el objeto de invertir la relación demográfica y hacer irreversible la ocupación. La retirada israelí de Gaza en 2005 no ha alterado sustancialmente la situación. Israel ha mantenido su lógica de los hechos consumados, de desposesión y de apropiación gradual siguiendo el viejo eslogan sionista “dunum a dunum, cabra a cabra”, para poder negociar desde una posición ventajosa y de fuerza. El proceso de paz no detuvo la colonización; durante esos años se intensificó.

- *La década más sangrienta de la historia reciente de Palestina.* Estos años han visto una agudización de la violencia, extendiéndose las detenciones, los castigos colectivos, los bombardeos indiscriminados o las llamadas “ejecuciones selectivas” con misiles que provocan decenas de víctimas. Sólo entre el inicio de la Intifada al-Aqsa (septiembre 2000) y finales de 2006, se cuentan más de 4000 palestinos muertos y 25.000 heridos y discapacitados⁴. Según UNRWA, sólo entre junio y octubre

³ Véanse los siguientes dos informes muy documentados. *Displaced by the wall. Pilot study on forced displacement caused by the construction of the West Bank wall and its associate regime in the Occupied Palestinian territories*, Bethlehem and Geneva, Badil Resource Center, NRC and IDMC, 2006. *Failing the Palestinian State, punishing its people: the impact of the economic strangulation on human rights within the Occupied Palestinian Territory*, Paris, FIDH, Report 459, octubre 2006.

⁴ Ver estadísticas actualizadas en <http://www.pchrgaza.ps/Library/alagsaintifada.htm>. Sobre la segunda intifada, consultar Miguel Ángel Murado (2006): *La segunda Intifada: historia de la revuelta palestina*. Madrid: Ediciones del

2006 tuvieron lugar 292 ataques aéreos a Gaza que provocaron 298 palestinos muertos y más de mil heridos. El 87% de familias de la Franja estaba en situación de pobreza, el 80% dependía de ayuda de UNRWA para sobrevivir; el desempleo superaba el 60%.

- *El Estado palestino sigue sin ver la luz.* El territorio ha sido recortado y fraccionado, haciendo difícilmente viable un estado sobre esa base. Las infraestructuras básicas han sido dañadas por la colonización y la guerra. El déficit social alcanza cotas increíbles (24.000 casas han sido destruidas en los últimos seis años). La breve experiencia pre-estatal ha sido insatisfactoria; la ANP se ha comportado como los demás regímenes árabes (autoritarismo, corrupción, violación de derechos fundamentales), frustrando el viejo sueño de un estado democrático y laico. La propia gestión de las negociaciones ha dejado mucho que desear. Últimamente, con el asedio israelí al gobierno palestino, se han debilitado aún más los últimos restos de autoridad, extendiéndose el poder de las milicias y la violencia privada. En tal caos, es singularmente grave el retorno a las prácticas sociales tradicionales y conservadoras, que dan al traste con muchos de los avances llevados a cabo por las comunidades palestinas. Por ello no es de extrañar la rampante frustración respecto a la vía política y la creciente legitimidad del Movimiento de la Resistencia Islámica (Hamas), no contaminado por la corrupción y coherente en su lucha por el fin de la ocupación.

- *La desfiguración de la causa palestina.* Hoy, la realización de los objetivos nacionales parece más lejana que nunca. En los años sesenta y setenta, la OLP logró transformar a los refugiados palestinos en un movimiento de liberación nacional, haciendo del objeto humanitario un sujeto político. Oslo ha vuelto a convertir la cuestión palestina en un problema humanitario, de sobrevivencia. Las luchas intrapalestinas parecen hoy anteponerse a la lucha contra la ocupación. ¿Qué impide la unidad palestina? Del lado de Hamas su negativa a plegarse a los imperativos de Israel y a las exigencias de la comunidad internacional. Del lado de Fatah, su falta de autonomía y su vulnerabilidad a las exigencias de ciertos grupos de poder internos y de EEUU e Israel para reiniciar un supuesto proceso de paz.

- *Una comunidad internacional que paga y calla.* Este período ha puesto igualmente en evidencia el controvertido papel de la comunidad internacional, que ha aportado fondos pero ha sido incapaz de detener la violencia y de forzar el fin de la ocupación y un arreglo político.

La comunidad internacional, los Estados, las agencias de NNUU, la Unión Europea saben lo que ocurre. En diciembre de 2005, los responsables de las delegaciones diplomáticas europeas elaboraron un informe sobre la judaización de Jerusalén; el informe no fue recibido por Bruselas⁵; “el informe fue pospuesto por los ministros de la UE por temor de provocar un distanciamiento con Israel y reducir la constructiva influencia de la UE sobre este país”. En su informe de septiembre 2006, John Dugard, relator especial de Naciones Unidas sobre los derechos humanos en los Territorios Palestinos, escribió “Israel ha violado a gran escala los derechos humanos y el derecho internacional humanitario (...) si el término terrorismo tiene algún significado, esta situación nos ofrece una buena ilustración”. Abundan ejemplos como éstos. La comunidad internacional sabe pero no actúa, no presiona a Israel; asume su propia parálisis; financia pero es incapaz de proteger a la población, de obligar a cesar la ocupación y de evitar más violencia.

La actuación de la UE es ilustrativa. La UE ha sido el primer donante de la ANP y durante mucho tiempo ha intentado tener una posición propia y diferenciada de otros

Oriente y del Mediterráneo, 2006. Un vivo relato de la violencia contra Gaza en el verano de 2006 puede encontrarse el libro de Cristina Ruiz- Cortina, *El cielo de Gaza. Retratos del asedio*, Málaga 2006.

⁵ Véase el texto “Jerusalem and Ramallah head of mission report on East Jerusalem”, http://www.nodo50.org/csca/agenda05/palestina/jerusalen-ue_eng.pdf

actores. Sin embargo en el último año su seguidismo respecto a EEUU en el Cuarteto, planteando exigencias al gobierno legítimo palestino que Israel sería incapaz de cumplir, e imponiendo presiones al ocupado, han provocado un gravísimo deterioro de su imagen entre los palestinos. No le falta razón a J. Dugard cuando refiriéndose al bloqueo internacional dice que “nunca se ha tratado así a un pueblo bajo ocupación”. ¿Cómo explicar esta actitud? ¿Es realismo político o una flagrante pérdida de referentes legales? ¿Cómo pretender avanzar así en el proceso de Barcelona o en la nueva política europea de vecindad? ¿Cómo explicar el apoyo político y financiero al presidente Mahmud Abbas frente al gobierno legal y legítimo de Haniyeh?

- *La puntilla de 2006 y la paradoja democrática.* Los resultados de las elecciones de enero de 2006 dieron el pretexto necesario para elevar en un grado más el acoso a los palestinos. Con las exigencias puestas al gobierno palestino por el Cuarteto, Israel se ha visto arrojado en su empeño de politicidio palestino, de incapacitar de manera definitiva a los palestinos para poder decidir su futuro. Con la atención mediática internacional puesta en las sanciones internacionales y en los enfrentamientos intra palestino, Israel ha seguido con sus actuaciones: la retención ilegal de fondos procedentes de los impuestos, la detención de ministros y diputados, las restricciones radicales de movilidad y los ataques indiscriminados.

Contrariamente a lo que se pudiera pensar, y a pesar de los muchos millones invertidos en programas de gobernabilidad, la comunidad internacional no ha contribuido de manera eficaz y coherente a fortalecer la democracia palestina⁶. Al contrario, ha demostrado que sigue vigente el clásico diálogo de los melios recogido por Tucídides: “para nosotros los atenienses la democracia, para vosotros los melios la ley del imperio”. Como Mary Kaldor señala oportunamente al analizar las nuevas guerras, en el caso de Palestina una de las claves para salir del impasse es la reconstrucción de la legitimidad política, mediante el consentimiento popular y el derecho internacional. La promoción de la democratización es, en situaciones complejas como ésta, de singular importancia. La posición de la UE respecto al gobierno legítimo de Hamas en 2006, optando por las presiones y reforzando el presidencialismo, ilustra no sólo la incapacidad de reconocer los cambios sociopolíticos ocurridos, sino una gravísima falta de coherencia⁷.

- *En suma, una situación mucho más compleja que hace quince años.* En las tres dimensiones palestinas del conflicto se han visto escasos avances. Los refugiados palestinos, dispersos por varios países, siguen siendo el grupo de refugiados más numeroso a escala mundial. Según UNRWA, la agencia de Naciones Unidas que les presta asistencia desde hace 55 años, en 1991 eran menos de tres millones, hoy son más de 4,4 millones (datos de marzo 2006)⁸. Su número crece al 3% anual y durante el proceso de paz su cifra se ha incrementado en la mitad. La resolución 194 de la Asamblea General de Naciones Unidas (diciembre de 1948) reconoce su derecho a retornar a sus lugares de origen y a ser compensados por la pérdida de bienes. Nada de esto se ha hecho hasta ahora. Al contrario, en la cumbre de Camp David II (julio 2000) Israel, con el apoyo de EEUU, pretendió que la OLP renunciara a ese derecho. Por su parte, la casi desaparición de la OLP ha dejado sin dirección política y estructuras de encuadramiento a esta población que se ha sentido abandonada desde mediados de la década de los noventa.

Paradójicamente, a pesar de ser los palestinos de Cisjordania y Gaza la población más directamente afectada por el proceso de paz, su situación ha empeorado. La colonización se ha intensificado; sus condiciones de vida se han deteriorado, la

⁶ Khalil Shikaki, *El fracaso de la consolidación de la paz y la relación entre seguridad y buen gobierno: El caso de Palestina, 1993-2005*, Informe, Centro de Investigación para la Paz (CIP-FUHEM), 2006. <http://www.cipresearch.fuhem.es/pazyseguridad/docs/CONFLICTOS-PALESTINA.pdf>

⁷ “Europa y la democracia Palestina”, FRIDE, 2006. <http://www.fride.org/File/ViewLinkFile.aspx?FileId=956>

⁸ <http://www.un.org/unrwa/>

violencia ha proseguido y ha alcanzado niveles nunca vistos. Hoy, el enfrentamiento entre Hamás y Fatah, que ocupa toda la atención mediática, fragiliza el precario sistema político palestino y ha privatizado las fuerzas armadas. La instrumentalización por parte de la presidencia de la ANP de los funcionarios (como fue el caso de las huelgas por el pago de sus salarios), el rearme de los cuerpos de seguridad afines, con apoyo externo, el secuestro de responsables políticos del ejecutivo a manos de las facciones armadas de Fatah o el reciente incendio de la Universidad islámica de Gaza sólo ahondan las fracturas intrapalestinas con consecuencias imprevisibles.

Finalmente, los palestinos con ciudadanía israelí, que representan cerca de una quinta parte de la población de Israel han visto frustrarse sus esperanzas y expectativas de que con la paz alcanzaría por fin una ciudadanía plena. La crisis de Oslo ha agudizado las tensiones con la mayoría judía y con el gobierno; el repliegue identitario judío se ha cebado especialmente en ellos.

Israel y la incapacidad de abordar una paz justa

Desde la perspectiva israelí, la Conferencia de Madrid y el Proceso de Oslo supusieron una nueva etapa de su historia y fueron hitos en continuidad con el propio establecimiento del Estado de Israel y su reconocimiento internacional al ingresar en NNUU. Las negociaciones con los árabes sirvieron para avanzar en una normalización exterior parcial, al establecer relaciones diplomáticas y comerciales con nuevos países. Sin embargo esta revolución “normalizadora” no tocó otras dimensiones: no alteró su comportamiento en la escena regional, pues siguió siendo una potencia ocupante de territorios libaneses, sirios y palestinos, y no sirvió para su normalización interna, pues no alteró sus principios de exclusivismo étnico nacional.

Desde entonces, y en paralelo al proceso de paz, Israel ha vivido a lo largo de los noventa una crisis profunda y multiforme⁹. En el plano político, se ha agudizado el deterioro de los grandes partidos y la fragmentación política; esto ha dificultado la gobernabilidad y el funcionamiento de las instituciones, y aumentado los elementos de imprevisibilidad en la vida política del país. Asimismo, se han extendido y normalizado las posiciones radicales; lo que antes eran posiciones marginales ahora ha sido integrado en el discurso público y la agenda de los partidos; la inclusión del ministro ultra Lieberman es sólo una pequeña muestra de este fenómeno. La clase política está desprestigiada por los casos de corrupciones y los escándalos. Y esto, al mismo tiempo que crecen las demandas post sionistas de normalización interna y de superación del *ethos* fundacional-colonial con el que se identifican cada vez menos los jóvenes.

En lo social también se han dado grandes retrocesos; poco queda hoy del sistema de bienestar y de protección social del que hizo gala el Israel laborista; el Israel actual es territorio ultraliberal. A esto se añade el cansancio de la población. La segunda intifada ha tenido un alto coste para Israel (estimado en 12.000 millones de dólares en sus primeros cuatro años). Asimismo, la prolongación del conflicto y sus nuevos escenarios han generado fenómenos novedosos que suponen un reto al sistema sionista, como puede ser la importante inmigración no judía que llegó para sustituir a la mano de obra palestina, y que demanda derechos y servicios¹⁰; una creciente desmitificación del ejército, etc. La guerra de Líbano del verano 2006 ha agudizado esta situación.

⁹ Sylvain Cypel, *Entre muros. La sociedad israelí en vía muerta*. Madrid: Galería Gutemberg / Círculo de Lectores, 2006. Michel Warschawski, *A tumba abierta. La crisis de la sociedad israelí*. Barcelona: Icaria, 2004.

¹⁰ FIDH-EMHRN, *Migrant workers in Israel. A contemporary form of slavery*. Report from a joint mission to Israel investigating the situation of migrant workers. 2003

Todo ello no ha dejado de tener efectos en las relaciones interétnicas; la principal fractura social es la que se da entre mayoría judía y minoría árabe palestina (1,3 millones). La crisis del proceso de Oslo ha agudizado las tensiones y ha contribuido a una radicalización de las posturas (traducido en un voto cada vez más étnico). Los palestinos israelíes hacen oír su voz cada vez más alto, exigiendo igualdad ciudadana y el fin de la discriminación. Los árabes han dejado de votar a los laboristas y a la izquierda sionista, y sin este voto, es improbable la reconstrucción de una mayoría de izquierda en Israel.

La actitud de Israel durante el proceso de paz ha desatado numerosas críticas, incluso entre sus antiguos amigos. Son muchas las voces que señalan la peligrosa inmadurez política de Israel y su negativa a aceptar los cambios ocurridos en el mundo¹¹. Aunque le cueste reconocerlo, Israel ha dejado de tener la importancia y el valor estratégico anterior para EEUU y es probable que a medio plazo se convierta en una rémora para la potencia. Incluso sus interferencias en el sistema político estadounidense son cada vez más cuestionadas; véase por ejemplo la polémica generada recientemente con un artículo académico sobre el lobby pro israelí¹². Pero hasta ahora, Israel no ha estado dispuesto a pagar el precio de una paz duradera y con justicia y de una plena normalización interna y externa. No sólo porque tiene un alto coste económico y político (imaginemos por ejemplo las consecuencias de la repatriación de 400.000 colonos), sino porque supone cuestionar todo su discurso fundacional y sus principios de primacía étnico-nacional. En otras palabras, supone refundarse.

Tras la enorme frustración de Oslo, la violencia alcanzada y la actual situación de colonización masiva, es difícil imaginar una vuelta a las negociaciones políticas y un horizonte cercano de colaboración y cooperación. Israel ha optado por una situación de no retorno, llevando a su última fase la separación que siempre subyació en su interpretación del proceso de paz. La crisis definitiva del proceso de paz se hizo evidente al término de la fallida cumbre de Camp David II en el verano del 2000. A pesar de las presiones, el presidente Arafat no se prestó a rubricar el ultimátum israelí (aceptación de un Estado tutelado y sobre un territorio amputado, a cambio de la renuncia al derecho de retorno de los refugiados). Este “rechazo a la más generosa propuesta israelí jamás ofrecida” dio pie a un discurso y unas prácticas que han marcado los años posteriores. Israel no reconoce al interlocutor palestino si éste no está dispuesto a plegarse a su voluntad. Arafat dejó de ser un “socio legítimo para la paz” y fue recluido entre las ruinas de su cuartel general en Ramallah hasta su fallecimiento. Sin embargo junto a todo esto, en Israel se ha impuesto, entre casi toda la población y los actores políticos, el convencimiento de que no hay marcha atrás y que una entidad palestina es ineludible. Pero si por un lado el estado palestino es inevitable y por otro no hay interlocutor para negociar su establecimiento, Israel ha asumido que establecerá unilateralmente el estado palestino que le convenga, cuando sea oportuno, con la naturaleza que le parezca adecuada y sobre el territorio que Israel decida.

Este unilateralismo se traduce de múltiples formas; cesando las negociaciones con sus homólogos palestinos, prosiguiendo con la violencia y, de manera muy singular, transformando el paisaje y acelerando una reordenación del territorio para conformar un micro estado palestino funcional a los intereses israelíes. En esta estrategia se inscribe la construcción del muro (o “valla de separación” en la terminología israelí); la barrera física que Israel viene construyendo a modo de frontera política *de facto* y que, con la dudosa justificación de prevenir las acciones terroristas, no tiene otro objeto que

¹¹ Tony Judt, “El país que se niega a madurar”, *Claves de Razón Práctica*, 163, 2006.

¹² John Mearsheimer y Steve Walt, “The Israel Lobby”, *The London Review of Books*, 28:6, marzo 2006.

predeterminar el perímetro de la futura entidad palestina¹³. Asimismo, a esta lógica responde la retirada unilateral de Gaza en el verano de 2005, presentada como una dolorosa renuncia por parte de Israel, pero que simplemente ha modificado la modalidad de control de ese territorio, pasando de una ocupación interna a un control externo, menos costoso. Finalmente hay que mencionar el menos conocido Plan de túneles y carreteras que se viene ejecutando desde hace un par de años y que supone la intensificación de las infraestructuras viarias de las colonias, consolidando así de manera definitiva la apropiación del territorio.

Esta lógica de la definición unilateral de la futura entidad palestina es el zócalo de los últimos gobiernos de unidad nacional y tuvo su refrendo democrático en las últimas elecciones israelíes a principios de 2006; tras el debate sobre el "Plan de convergencia" quedó patente la unanimidad anexionista de las principales fuerzas políticas israelíes¹⁴. Los futuros cantones palestinos tendrán el perímetro que fije Israel.

Israel no es el único responsable

En Israel todavía domina una mentalidad colonial. Tal como decía Albert Memmi hace cincuenta años con motivo de las independencias del Magreb, el colonialismo sólo tiene sentido si provee de privilegios a los colonizadores¹⁵. Israel sólo ha dado marcha atrás cuando el coste ha sido demasiado grande en comparación con los beneficios. Claros ejemplos de ello fueron la retirada del sur del Líbano (2000) y de Gaza (2005).

En la situación actual es improbable un cambio de rumbo por iniciativa propia; Israel debe ser presionado. Por ello es clave para Israel que la comunidad internacional siga inactiva. Israel tiene conciencia de su impunidad y se ha aprovechado profusamente de la incapacidad de la comunidad internacional para actuar. Este bloqueo de la presión externa se debe, claro está, a la funcionalidad geoestratégica de Israel para algunas potencias, pero también sobrepasa esta dimensión. Los discursos de la excepcionalidad israelí, de su legitimidad fundacional, de la confirmación de la necesidad de un estado judío en el judeicidio nazi, de su carácter occidental y función modernizadora en Oriente Medio, de su carácter democrático... han sido asumidos *de facto* por los demás países y son aceptados para consentir un comportamiento ilegal en la escena internacional. Lo que a su vez da pie a más prácticas ilegales y crea una situación de impunidad.

Israel debería ser tratado de manera normal, porque debería ser un estado más. Pero tratar con normalidad a un estado que se comporta ilegalmente, como si nada pasara, es también legitimar sus actos. La inacción y la pasividad de la comunidad internacional suponen un acto de legitimación tácita de esas prácticas, y por lo tanto conllevan una corresponsabilidad internacional. La sociedad internacional tiene una obligación de prevención de los conflictos y de protección a la población civil, y no sólo puede contentarse con el préstamo de ayuda tras la catástrofe y el envío de bomberos. Por ello, hoy más que nunca es imprescindible una presión legal, respetuosa pero eficaz sobre Israel.

¹³ Víctor de Currea-Lugo, *Palestina. Entre la trampa del muro y el fracaso del derecho*. Barcelona: Icaria, 2005. Rafael Escudero Alday, *Los derechos a la sombra del Muro. Un castigo más para el pueblo palestino*. Madrid: Los Libros de la Catarata, 2006.

¹⁴ Isaías Barreñada, "Las elecciones israelíes: la legitimación democrática del anexionismo", *InfoCIP*, 12 (2006). http://www.cipresearch.fuhem.es/pazyseguridad/docs/elecciones_israelies_legitimacion_democratica_anexionismo.pdf

¹⁵ Albert Memmi, *Portrait du colonisé. Portrait du colonisateur*. Paris, 1957

Estas prácticas de consentimiento no son exclusivas de las potencias. La UE ha hecho muy poco para obligar a Israel a cumplir con sus obligaciones en materia de respeto de los derechos humanos¹⁶. Esto mismo debería ser exigido a los actores estatales. Veamos por ejemplo el caso español. España viene mostrando desde hace bastante tiempo su interés en contribuir activamente a la resolución del conflicto israelí-palestino. Hay relaciones diplomáticas desde hace dos décadas. Por parte española el establecimiento de relaciones se hizo para contribuir con ello a encontrar una fórmula de resolución del conflicto. ¿Ha logrado España en estos años crear una palanca de presión sobre Israel? ¿y acaso la ha utilizado? Además de hacer de huésped para conferencias internacionales y de propiciar iniciativas de diálogo más discretas, España ha sido uno de los principales donantes de ayuda a la ANP, implicando en ello no sólo a los organismos públicos sino a numerosas iniciativas de instituciones locales y entidades ciudadanas. Sin embargo, su actitud ante Israel ha sido de total parálisis, por el hecho de que España aparece para los israelíes como un país pro-árabe.

Tampoco Israel no tiene buena imagen en España; la opinión pública y la clase política española es muy crítica con Israel y podrían ser en cambio consideradas como pro-palestinas; los grupos pro israelíes no tienen la fuerza ni la presencia de otros países. Por mucho que se empeñe el embajador israelí en denunciar la pervivencia de un histórico antijudaísmo español bajo la forma moderna de la crítica a Israel o del antisionismo, en realidad predomina una aproximación más sentimental que racional a la víctima palestina. Por ello la voluntad oficial española ha sido mantener una interlocución con Israel a través de gestos y guiños complacientes que sin embargo tienen graves implicaciones. El catálogo es largo y requeriría entrar en los detalles. En primer lugar, es llamativa y grave la aceptación tácita de la tramposa identificación entre lo judío y lo israelí, que se traduce desde la continua presencia cuando no tutela israelí a todo evento sobre la historia sefardí española, hasta la confusa asociación entre israelí y sefardí en una recién creada institución pública española. En segundo lugar hay que señalar el apoyo discreto, muchas veces apenas publicitado, a varias iniciativas israelíes en pro de su pseudo normalización: el apoyo a la integración de Israel en el grupo europeo de Naciones Unidas, la mediación en el establecimiento de relaciones diplomáticas con Mauritania, la suspensión del contrato de la televisión al-Manar con Hispasat por petición israelí alegando la difusión de contenidos antisemitas, etc. Luego está la total permisividad ante medidas y acciones de legalidad dudosa: la pasividad ante la participación de empresas españolas en obras israelíes en los territorios ocupados (por ejemplo de CAV en el holding internacional que lleva a cabo el proyecto de tranvía de Jerusalén Este), la comercialización de productos de las colonias israelíes en el mercado español, o la compra y venta de armas (el código de conducta para la compra venta de armas excluye países en conflicto). Finalmente, hay que señalar la falta de coraje para ciertas iniciativas (como hicieron por ejemplo varios países miembros de la OTAN, Suecia y Bélgica, que en mayo de 2006 al declinar participar en maniobras conjuntas en Italia al haber sido invitado el ejército israelí) y la pasividad española para atender el llamamiento que hace el dictamen de la Corte Internacional de Justicia sobre el muro a los Estados signatarios de las convenciones de Ginebra, instándoles a actuar para que Israel cese en su actuación.

A pesar de ello, son positivas algunas iniciativas diplomáticas españolas, como la propuesta del 16 de noviembre pasado, intentando romper la inacción diplomática y proponiendo una serie de medidas para alterar el *statu quo*. Aunque cabe preguntarse la capacidad española de influir de manera efectiva en la UE y ante el principal valedor de Israel. Más cuestionable son otras iniciativas de diplomacia paralela inducida, como

¹⁶ EMHRN / REMDH, *A Human Rights Review on the EU and Israel. Mainstreaming or Selectively Extinguishing Human Rights? 2004-2005*. <http://www.euromedrights.net/pages/75>

la reunión Madrid+15, celebrada en enero 2007 y que reunió a antiguos actores políticos implicados en la Conferencia de Madrid y en el proceso de Oslo.

En tal contexto no es fácil prever cambios sustanciales. Hoy hay muy pocos visos para un restablecimiento de negociaciones y la búsqueda comprometida de un acuerdo político justo y legal. Si se reiniciase el diálogo, sería con palestinos en situación de extrema debilidad. Y en tal caso, dos al menos serían las condiciones necesarias para retomar negociaciones: la reconstitución de la unidad palestina y un compromiso internacional firme que garantizase los acuerdos.

El conflicto de israelo-palestino tiene solución y esta solución sólo puede ser política; pero no fruto de artificios y de un supuesto realismo político, sino que debe regirse por la justicia y el derecho. La responsabilidad central reside en Israel, que debe respetar los derechos fundamentales y el derecho internacional. La paz tiene un coste y deberá asumirlo si quiere preservarse como proyecto estatal, nacional y democrático. Por su parte los palestinos deben encontrar una fórmula para volver a tomar decisiones de manera unitaria y autónoma. Finalmente la comunidad internacional, la UE y España pueden y deben hacer más. No basta con dar ayuda, hay que actuar con firmeza y con coherencia frente a Israel. Es hora de poner fin a su excepcionalidad e impunidad.